

lona, si correspondes á esta pasion ardiente que me inspiras y que ya no me es dado disimular.

Calló el árabe, esperando respuesta, y Egilona le contestó con profunda tristeza:

—Tu prisionera soy, bien lo sé, y la fortuna adversa me ha hecho juguete de tus caprichos. Pero ¿sabes tú que las nobles matronas de mi país lavan en su propia sangre la afrenta que se hace á su honor?

—¡Ah! que tú me juzgas por el poco respeto que los hombres de mi raza tienen á las mugeres... á mugeres que no son como tú. Escúchame, bella princesa, tú sola reinarás en mi corazon: si aprecio el dominio de la España, es porque tú sola compartas conmigo este poder soberano, porque tú seas la reina, mi esposa.

—¡Y tú, el vencedor esclarecido, tomarías por esposa á una cautiva!

—¡Oh! te lo juro, por ese Dios á quien tú adoras!

—¿Y permitirás el libre ejercicio de su culto á mí y á todos los míos?

—Permitiré y protegeré tu religion, cuyas tradiciones conozco y no desprecio.

Egilona estaba conmovida, indecisa, asombrada con tal proceder. Al ver á sus pies á tan ilustre guerrero, besando con efusion su mano y dirigiéndola una mirada suplicante, repasaba en su imaginacion las tiranías empleadas con la reina Clotilde, las lascivias de Witiza y la infidelidad de don Rodrigo y todo la predisponia á favor de aquel conquistador tan generoso. Una grata ilusion cruzó entonces por la mente de la ilustre matrona. Figurósele que ella, á quien su sexo no habia permitido empuñar una espada para acompañar á la noble falange que pereció en Guadalete, estaba llamada por la Providencia á ser una poderosa medianera entre el pueblo vencedor y el vencido.

—Egilona, ¿me amas? decía el árabe. ¿Vienes á reinar conmigo?

El momento era solemne: era preciso decidirse y la reina viuda, contestó con decision:

—Noble Abdalasis, mi estimacion y mi gratitud ya las tienes. Mi amor tambien le tendrás, y esta hermosura y estas gracias que tanto ponderas, serán tuyas cuando puedan contribuir á templar el furor de los vencedores y á mitigar los males de mi pueblo.

III

Cumplió Abdalasis á Egilona aun mas de lo que la habia prometido, pues no solo la trató como á esposa y como á reina, sino que permitió el uso público de la religion cristiana, y dejándose guiar por los consejos de la ilustre princesa, á la que amaba con delirio, cambió enteramente la suerte hasta entonces tan precaria de los desventurados restos de la monarquía de los godos. Egilona tan amada y respetada de los cristianos, que comprendian lo heroico de su conducta y la miraban como su ángel de salvacion, empleaba toda su influencia con su esposo en ir reconstituyendo el reino y en reparar paulatinamente los males de la guerra. Abdalasis, digno del puesto á que habia sabido elevarse, restableció el orden y las leyes, mandó que se reedificasen las ciudades arruinadas y que se embelleciesen otras, atendió con igual solicitud á las necesidades de los pueblos mas remotos de la Península, no agoviándolos con impuestos esce-

sivos y cuidando sobre todo de que hubiese la mayor equidad en su distribucion. Todo esto, que le ganaba cada vez mas el afecto de los cristianos, dispuestos ya, si llegaba el caso, á tomar las armas á su favor á la menor indicacion de Egilona, le hacia perder mucho en el concepto de los musulmanes, disgustados de lo mucho que condescendia con ella, y un nuevo incidente vino á exasperarlos y á hacer que estallase mas pronto la tormenta que ya se preparaba.

No podia ver con indiferencia Egilona que Abdalasis á quien hacia llamar el rey su esposo, apenas se distinguiese en su traje de los otros formidables gefes de las tribus guerreras de Asia y de Africa, y que no llevase algun distintivo de la soberanía. Inútiles habian sido algunas indicaciones que sobre esto habia hecho á Abdalasis á quien, para distinguirse entre los suyos, le bastaba el color de su turbante, segun le traia de linage y de costumbre y sobre todo el ser el primero en la pelea; pero Egilona acostumbrada á la magnificencia de los reyes godos, y que además en todo llevaba sus miras secretas, hizo labrar una corona de oro, en la que estaban engastadas perlas y piedras preciosas con la profusion que es notorio usaban los antiguos reyes de España en aquel distintivo de la soberanía, y fué á ofrecérsela á Abdalasis, como un regalo, como una muestra muy especial de su ternura.

—Entre nosotros, le dijo, ni ha sido ni puede ser rey el que no lleve corona, y por mi amor te has de ceñir esta y presentarte en público, para que todos los habitantes de España se acostumbren á ver en tí á su legítimo señor, al verte embellecido con los distintivos de la soberanía.

Consintió Abdalasis en ponerse aquella corona que tanto realzaba su varonil semblante, entrando en los designios de su esposa y conociendo cuanto influyen en el ánimo de la muchedumbre el aparato y las insignias reales. Pero esta accion que fué solo ejecutada y aplaudida dentro de palacio, pronto se supo fuera de él, y acrecentó el furor de los fanáticos musulmanes, seguros ya de que Abdalasis era secretamente cristiano, cuando habia llegado á tal extremo de condescendencia. Desde entonces su pérdida fué jurada.

Muy próxima á el Alcázar, se hallaba la mezquita en que Abdalasis acostumbrada hacer pública oracion; mas al dirigirse á ella cuando llegó la hora de la plegaria, advirtió en el patio interior gente desconocida y muchos árabes arrebozados en sus anchurosos alquiceles. Paróse sorprendido y receloso, mientras que los desconocidos se venian hacia él envolviéndole en semicírculo y cerrándole el paso por todas partes. Conoció entonces el peligro que corria; mas al primer ademán de ponerse en defensa, aquellos furiosos se precipitaron sobre él y le asesinaron cobardemente á punaladas, entre horribles imprecaciones y á los repetidos gritos de, traidor y apóstata infame!

Llegó este tumulto á oídos de los que afuera estaban, y particularmente de los godos del séquito de Abdalasis y de algunos que solian seguir sus pasos por consejo de Egilona recelosa de alguna alevosía. Repugnábales á todos el entrar en la mezquita; mas cuando llegó hasta ellos la voz lamentable ó sea el último grito de Abdalasis, la inquietud se pintó en los semblantes, y todos unánimes se lanzaron al pórtico, desnudando los aceros. Los árabes, conocedores del local, desaparecieron sin hacer resistencia por entre los arcos de las galerías y solo quedó tendido en medio del patio, el infe-

liz Abdalasis, bañado en su sangre. Cuando se acercan y le contemplan con estupor sombrío, se abre paso por entre ellos y aparece de improviso Egilona, avisada mas que por el tumulto por sus siniestros presentimientos. Se inclina despa- vorida sobre el cuerpo de su esposo; levanta la cabeza pálida de Abdalasis y la apoya sobre su rodilla, buscando en él inútilmente un resto de vida. Al fin Abdalasis abrió los ojos un momento y en este sin duda la pudo reconocer, por- que la apretó suavemente la mano antes de exhalar el pos- tre suspiro. Durante cortos instantes todos permanecieron en silencio contemplando aquel grupo doloroso, mas cuando ya era preciso separarse de allí, la triste Egilona con una indefinible espresion de despecho y amargura, dirigió á los suyos estas palabras:

—¡Unos días mas, y la España se salvaba!... Ahora bus- cada en otra parte vuestro amparo y salvacion.

¡Nada mas esperéis de esta infeliz muger!

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

SAN VICENTE DE PAUL.

SU DRAMATICA VIDA.

Era la noche cerrada, y los barrios mas lejanos de París se hallaban enteramente desiertos.

Era el año de 1643. El frio de un largo invierno duraba todavía, y caía á grandes copos la nieve. En las tinieblas veíanse las mil flechas de las iglesias y las torres de las ca- sas de los señores, poderosos edificios que formaban enton- ces toda la fortificacion de París.

Las casas se hallaban cerradas y apagadas las luces. Pa- saban por la calle dos hombres; uno de ellos envuelto en una ancha capa con un sombrero de canal que le guarecia de la nieve. Llevaba bajo el brazo un ligero bulto, pero cu- bierto con un pliegue de su capa parda, é inclinaba la cabe- za hácia aquel lado, como para abrigar todavía mas con el ala de su ancho sombrero aquella preciosa carga. Avanzaba así á pasos lentos, apoyando su baston sobre el resbaladizo suelo.

El que le acompañaba llevaba el traje de la gente del pueblo, y como el vestido popular de aquella época por su forma y su anchura se acercaba un poco al traje musulman, no chocaba una especie de turbante que llevaba por gorro.

Aquellos dos hombres iban caminando por la calle, cuando otros dos ocultos en la sombra de un portal, volvian la cabeza el uno hácia el otro, señalaban mutuamente á los dos que pasaban, y se hacian señales rápidas y silenciosas de asentimiento.

Aguardaron dos minutos á que aquellos dos personajes, objeto de su atencion, hubiesen pasado por delante de donde se hallaban emboscados, y se adelantaron paso á paso sobre la nieve. Entonces el uno de ellos, lanzándose de un salto, cogió al hombre de la larga capa por el cuello, y lo apretó con estremada violencia.

Empero en el mismo instante fué detenido su brazo y oprimido con tal fuerza, que tuvo que echarse atrás sol- tando su presa.

Al mismo tiempo su compañero dió un sordo grito, y cayó en tierra.

Al vigor del choque que los rechazaba, los dos bandidos aturridos creyeron que habian caído en manos de la policía; pero al abrir los ojos, vieron que solo tenían á un solo hom- bre por adversario.

El de los dos hombres que pasaba por la calle y llevaba turbante, viendo á su amo acometido, habia corrido á el ar- mado de una fuerza prodigiosa, con una mano habia cogido del brazo al primero que lo habia atacado, y con un puñe- tazo asestado en el pecho habia derribado al otro.

Tenia á este último derribado en el suelo, y le habia puesto la rodilla sobre el pecho, apretándole la garganta. Sin duda lo hubiera ahogado, si una viva exclamacion del hombre de la capa no le hubiera contenido.

Contúvose en efecto, murmurando en voz baja:

—Es igual.... El justo Dios castigará á los malvados que han osado poner sus manos sobre Vicente de Paul.

Los bandidos derribados se estremecieron bajo la invi- sible mano que los contenia, y se volvieron hácia aquel cuyo nombre acababa de pronunciarse, con ojos á la vez asusta- dos y curiosos.

—¿Vicente de Paul? dijo uno de ellos á media voz. ¿De veras está aquí Vicente de Paul?

—Si lo hubiéramos sabido, murmuró el otro, ni el Bui- tre ni yo nos hubiéramos echado sobre él.

—No, replicó el primero; aun cuando fuese un tesoro lo que llevase bajo su capa.

Vicente de Paul era el mas humilde de los apóstoles; sin embargo, vió el efecto que producía su nombre sobre aque- llos miserables. El digno sacerdote reflexionó un minuto y dijo:

—Kara-Monna, suelta esos dos hombres.

El hombre del turbante se levantó al instante.

—Kara-Monna, replicó su amo, ve á ponerte junto aque- lla pared, cruza los brazos, y no te muevas suceda lo que suceda.

Arqueó las cejas el servidor; pero ejecutó aquel movi- miento con la sencilla y fria obediencia de un autómatas.

Los bandidos se habian vuelto á poner en pie.

—¿Y bien, dijo Vicente de Paul? aquí me teneis sin defen- sa, porque he dicho á ese hombre que permanezca inmóvil, y me obedecerá. ¿Qué pedís por mi rescate?

A aquella voz tan llena de unción, tan penetrante, sintieron los bandidos una emocion desconocida. La pálida at- mósfera de la noche, en donde se reflejaba la nieve, los de- jaba entrever el afable y sereno rostro del sacerdote.

Doblaron lentamente la rodilla, y el uno de ellos pro- nunció:

—Pues que podemos pedir alguna cosa, dadnos vuestra bendicion.

—No, dijo Vicente de Paul; mi bendicion pertenece á los fieles, y vosotros no sois de ese número.

—Es verdad, dijo el otro bandido. Pues bien, dadnos vuestro perdon por lo que hemos hecho esta noche.

—Si, añadió su compañero; seremos mas felices que si os hubiésemos quitado la maleta que lleváis bajo vuestra capa.

—En cuanto á eso, respondió Vicente de Paul, consiento en ello. Os concedo mi perdon, y Dios me es testigo de que es sincero. Por lo que hace á la maleta que llevo, continuó sonriendo, no os hubiera enriquecido mucho, mirad...

Y dejó caer el pliegue de la capa que cubría el bulto.

—¿Dios mío? exclamaron los bandidos. ¿Es posible? ¿Una criatura?

—Sí, replicó el sacerdote; un pobre niño... niño del pueblo como vosotros; que hubiera sido como vosotros entregado al abandono y á la miseria, y que hubiera también sin duda caído en el abismo en que os halláis... Porque yo veo bien, pobres estraviados, que es la falta de socorro para el cuerpo y para el alma lo que os ha perdido... Ya veis que os perdono con todo mi corazón.

Después levantando la voz:

—Ahora ven, dijo, Kara-Monna.

El silencioso criado vino á reunirse con su amo, y los dos se alejaron.

Permanecieron los dos bandidos un minuto postrados en el sitio donde habían visto á Vicente de Paul. Continuó el sacerdote su marcha con tanta tranquilidad como antes del ataque intentado contra él, y dulcemente penetrado de aquel pensamiento, de que en el último de los miserables queda todavía en el alma un punto accesible á los mejores sentimientos.

Dirigiase á la calle de San Víctor, donde se hallaba el hospicio de los expósitos.

Al ir por la noche á aquel piadoso establecimiento, había encontrado en un guardacanton del palacio de la ciudad aquella pobre criatura que llevaba en sus brazos. Vicente de Paul tenía la costumbre de darles lo más pronto posible el bautizo á aquellos abandonados de tan frágil existencia. Así se dirigía al hospicio para administrarles aquel sacramento. Al llegar al hospicio, al ruido bien conocido de sus pasos, una multitud de frescas y argentinas voces repitieron con un acento indecible:

—¿El señor Vicente?... ¿el señor Vicente?

Todas las hermanas de la caridad salieron á recibirle. El pastor entró en medio de ellas en el gran salón del hospicio.

Vicente de Paul tenía entonces sesenta y siete años. Llevaba sobre su frente las huellas de penosos y continuos viajes, hechos para descubrir las desgracias en diversos lugares, por que su vida entera no había sido más que una peregrinación entre los pobres y los afligidos. Su rostro, poco regular, reflejaba la sencillez y la dulzura del alma; el sentimiento de humanidad más desarrollado había grabado allí con el tiempo una expresión de inefable bondad y de tierna misericordia.

Hallábase el anciano sacerdote encorvado bajo la santa fatiga y los trabajos verificados en la misión apostólica, pero la fuerza de su voluntad le sostenía contra los ataques de la edad; el bastón infalible de la fuerza moral, reemplazaba para él la juventud, y caminaba siempre en su vía de beneficencia, constante é intrépido.

Vicente de Paul era uno de esos hombres que envía Dios de tiempo en tiempo á la tierra, para recordarla que existe. El santo ministro había descubierto un nuevo mundo, el mundo de la caridad, venía hollando como espinas todos los dolores que había arrancado; tenía alrededor de sí una corte formada de mugeres del expósito, del preso, del presidiario, del enfermo, del mendigo, salvados todos de la muerte ó de la desesperación por sus enviados.

En torno de su calva frente, el círculo de cabellos encanecidos y claros que ceñían su cabeza, parecía la humilde y

pura corona de aquel que había llevado más lejos el sacrificio de sí propio y el amor de sus hermanos.

En aquel momento la fisonomía del pastor se hallaba animada con todo su brillo: acababa todavía de salvar la vida á una pobre criatura abandonada.

Presentó á las hermanas del hospicio el niño que traía debajo de su capa.

—¿Un angelito? dijeron las hermanas. ¿Qué hermoso, que fresco es? ¡Ay, y está durmiendo!

—Sí, dijo Vicente: bien chillaba sobre la fría piedra en que le he encontrado; pero después que le cogí en mis brazos, comprendió que se hallaba en lugar seguro y que podía tranquilamente dormir.

El sacerdote entregó el niño á una de las hermanas, y bien pronto tuvo su camita caliente y sus pañales de lienzo blanco. Enteróse después detenidamente Vicente de Paul de que todo iba bien en este establecimiento, mirando las cortinas levantadas en cada cunita.

Vicente de Paul, no solo había fundado el establecimiento de los niños expósitos, si no también el convento de las misiones. Vicente de Paul habitaba allí, y era el hombre más célebre de la cristiandad, el héroe de la caridad que su destino había arrojado en condiciones siempre diversas, siempre extraordinarias, que su carrera llena de aventuras había llevado á las más miserables aldeas, á las prisiones, á los presidios, á los palacios de los grandes, á las cortes de los príncipes, y que, sin embargo, permaneciendo pobre y sencillo, había trabajado sin descanso en el consuelo de la humanidad.

El fundador de los misioneros ocupaba con los sacerdotes reunidos bajo su dirección una modesta habitación. Después le dieron la casa de San Lázaro, que según la expresión del mismo San Vicente Paul, era una arca de Noé, donde todas las criaturas del Señor eran bien recibidas y obsequiadas.

Allí los pobres viajeros venidos de todas partes tenían un asilo; encontraban mesa y hospitalidad dispuestas. Al lado de los peregrinos, grupos formados de miembros del parlamento, de doctores de la Sorbona, se entregaban á discusiones teológicas bajo la campana de la inmensa chimenea que había servido para dar abrigo á los pobres vagabundos que recibían la hospitalidad allí. Desde que se le había concedido á Vicente de Paul el vasto edificio de San Lázaro, en donde era recibido todo aquel que llegaba, á costa de la comunidad, los grandes señores pasaban ocho ó quince días haciendo su retiro, y acudían las gentes del pueblo también á instruirse en las verdades de la religión.

En medio del zumbido de voces, que se hubieran podido oír por instantes entre la inmensa concurrencia que allí había, se oyeron los sonidos de un laud, procedente de una ventana de una celda inmediata.

Cuando veinte años antes Vicente de Paul era cura de Chatillon de Bresse, se hallaba en aquella provincia un señor célebre por lo escandaloso de su conducta y sus espantosos desórdenes, que sostenía por el terror de sus armas. El conde de Rougemont, de tal modo había turbado la santidad de las mugeres de aquellos lugares, y abierto sepulcros á sus maridos, á sus hermanos, y cubierto la comarca de tantos lutos, que le llamaban el ángel rebelde.

Lo que pasó entre él y Vicente, fué un secreto entre ellos y Dios; empero un día el conde de Rougemont hizo dos

pedazos su espada, que habia hecho correr tanta sangre, y se consagró á las mas austeras penitencias. Ahora vivia como cenobita en una torre del convento de San Lázaro, no habiendo conservado de las cosas del mundo mas que su laud, que tocaba en el intervalo de sus oraciones, y mirando sin cesar colgada de la pared su espada hecha pedazos, testigo de sus crímenes y de su arrepentimiento.

Una conversion no menos maravillosa de Vicente de Paul fué la del abate Rancé.

Se sabe que en su juventud, aquel célebre abate no tuvo mas religion que el amor, llevado á lo último de la posesion. Cuando una noche entrando furtivamente en la alcoba de la que amaba, no halló mas en aquel templo de los placeres que un cadáver, fué tal su desesperacion, que renegó de Dios al pronto, y rechazó á todos sus ministros.

Entonces fué cuando Vicente de Paul vino á buscarle. Al verle Rancé, que esperaba exhortaciones imperiosas y severas, volvía ya la cabeza; pero el pastor le dijo esta palabra inspirada:

—Roguemus á Dios por ella.

Arrodilláronse juntos. Rancé oró, lloró y fué convertido.

El genio de Vicente de Paul, le habia sugerido esta transicion admirable, esta arca de amor en oracion, para hacer pasar á Rancé del abismo de las pasiones al seno de Dios.

El célebre reformador de la Trapa, permaneció siempre el amigo de aquel, á quien llamaba su salvador sobre la tierra.

Otro amigo y compañero de armas del héroe cristiano, fué Francisco de Sales, que en aquella época acababa de morir, dejando á Vicente de Paul la direccion de las casas religiosas creadas por madama Chantal. En la comunidad de San Lázaro, habia tambien otros grandes personajes retirados del mundo por Vicente de Paul.

El general Bellegarde, el joven abate Lafrose, uno de los hombres mas ilustres en las letras de su siglo. Pero el personaje mas importante era el hombre del turbante. Kara-Monna, el que hemos visto que acompañaba á Vicente de Paul, cuando le acometieron los ladrones.

II.

Vicente de Paul, cuando todavía era un sacerdote muy joven, hallándose á bordo de un navío que bogaba hacia Narbona, fué atacado y cogido cautivo por el bergantín de un pirata.

Vicente de Paul herido, prisionero, echado en el fondo de la cala, llegó así á las costas de Berbería, en donde sus compañeros de infortunio y él quedaron esclavos.

Fuó vendido primero á un pescador; despues á un sabio alquimista que queria enseñarle á hacer oro, y que murió antes de haber acabado la leccion; y despues á un rico habitante de Túnez, poseedor de muchos fondos ó tenars.

Este le dió la direccion de uno de esos tenars ó quintas, inmediato á las ruinas de Cartago, y Vicente permaneció tres años cavando los campos, y velando en la cosecha de los dátiles, aceitunas y limones. Al cabo de este tiempo vino el amo á visitar sus posesiones, y quedó asombrado del aspecto floreciente de las tierras, del orden, del buen porte y obediencia de los esclavos.

Despues de haber pasado algunos días en aquel sitio, iba

ya á dar la vuelta á Túnez, cuando una noche, atravesando un bosque de laureles, que crecen naturalmente en aquella tierra, oyó una voz de una melodía infinita, y que le era desconocida.

Era aquel hombre de una naturaleza mediatunda, exaltado, y mas inclinado que la mayor parte de los orientales á poblar de pensamientos su muelle ociosidad. Buscaba otra cosa en los perfumes exhalados de su pipa de ámbar, mas que el placer del olvido y del descanso eterno.

Al mismo tiempo era severo, imperioso con los suyos, duro con sus esclavos, y estas disposiciones absolutistas provenian en él de un instinto de justicia. Creiase, y lo era en efecto, el mas prudente de su familia; por consiguiente queria gobernarla. Se creia él solo mas rico que los cien esclavos que trabajaban la tierra bajo sus órdenes, y así se creia mas amado, mas favorecido de Dios que los demas, y sacaba de estos pensamientos un orgullo soberbio para reinar y una vara de hierro para someterlos.

Este terrible amo se llamaba Kara-Monna. Penetrado hasta el fondo del alma de los sonidos que acababa de oír, miró á todas partes y vió entre las últimas ramas del bosque, que su esclavo Vicente, al terminarse el día, sentado á la orilla de una cisterna con sus compañeros de trabajo, cantaba en medio de ellos con palabras extrañas y una música desconocida, que los tenia á todos asombrados.

Vicente de Paul dice en una de sus cartas donde refiere este incidente:

«Cantaba con lágrimas en los ojos el cántico de los hijos de Israel cautivos en Babilonia.»

Escuchó largo tiempo, y á la mañana siguiente quiso que su esclavo le hiciese oír á él solo aquellos cánticos que tanto le habian gustado.

Comenzadas estas conversaciones con la celeste melodía de los salmos, se desarrollaron en el sentido religioso, y se prolongaron hasta que Vicente hubo iniciado á su amo, asombrado, entusiasmado, en todos los misterios de la religion cristiana. Entonces Kara-Monna, arrojándose de rodillas á los pies de su esclavo, le pidió el bautismo.

Era poco para aquel espíritu exaltado, y que habia llegado ya por una conversion repentina y profunda hasta el fanatismo cristiano. Cuando encontró en el sacerdote que le habia instruido una sabiduría de que la suya no era ni aun sombra, tesoros de virtudes comparados con las cuales le parecian polvo sus riquezas, quiso que Vicente de Paul fuese el amo y él el esclavo.

Vicente de Paul, á fuerza de vivir en Dios y fuera del mundo, se hallaba bajo el mismo punto de vista que el neófito; daba poca importancia á los nombres terrestres de amo y de esclavo, y no poniendo interés real sino en la salvacion, pensaba en efecto haber hecho mas bien por el propietario del tenar, abriéndole la vida eterna, que no en lo que este podia sacrificarle.

Aceptó, pues, la proposicion con tanta sencillez como se le habia hecho. Por primer acto de autoridad exigió Kara-Monna, contra la intencion de éste, el que dejase toda su fortuna á sus herederos naturales, no llevando de Túnez sino lo que los dos necesitaban para el viage.

Así fué como Vicente de Paul volvió á Francia de su cautiverio. Desde entonces tuvo á su lado, no al esclavo como Kara-Monna continuaba en creérselo, sino al servidor entusiasmado, decidido hasta la muerte, que le siguió por todas

partes en sus largas peregrinaciones y le salvó de mas de un peligro por las fuerzas iguales de su corazón y de su brazo, como hemos visto al principio de este artículo.

La piedad de los fieles ha alzado mucho tiempo hace gran número de altares, capillas y aun iglesias considerables á San Vicente de Paul. Por do quiera por donde ha pasado, se han esforzado en conservar sus huellas con algun monumento piadoso, y no se ha estinguido el reconocimiento público; empero faltaba á Vicente de Paul un recuerdo digno de él, en el sitio mismo de su nacimiento. No era olvido, porque Vicente de Paul nunca dejó de ser popular en su país, y la modesta casa que le vió nacer, la misma que le abrigaba con su sombra han sido siempre el objeto de una veneración general.

La aldea de Pony, cerca de Dax, en las Landas, se hallaba falta de recursos, sin mas riqueza que la gloria de haber dado nacimiento á Vicente de Paul.

Hoy, gracias al celo del obispo de Aire, á la cooperacion de los lazaristas, va á levantarse una verdadera iglesia, bello monumento al padre de los pobres.

Se ha colocado en el mismo punto donde nació, la primera piedra de la iglesia de San Vicente de Paul, el 6 de agosto de 1851.

El obispo de Aire presidía la ceremonia.

A su lado se hallaba el superior general de los padres de la mision y de las hermanas de la caridad, sucesor directo de San Vicente de Paul. El prefecto de las Landas, todas las autoridades, todas las personas caritativas del departamento, habian acudido á porfía á honrar al apóstol de la caridad y al héroe cristiano que tantos infelices ha arrancado á la muerte, tantas almas abatidas á la desesperacion, á la inmortalidad y á la irreligion.

El estilo elegido por el arquitecto Mr. Gallois, es el del siglo XVI, que vió nacer á San Vicente de Paul. La iglesia tendrá la forma de cruz latina. La fachada principal tendrá una magnífica portada, con pilastras y una gran hornacina para colocar una estatua grande del santo.

En el centro de la cruz formada por la capilla, se eleva una gran torre cuadrada con una cúpula de muy buen efecto. En el año pasado de 1856, los trabajos llegaban ya á las cornisas; faltan aun los techos, la torre y las esculturas interiores y exteriores. Dentro de dos años estará todo concluido. La encina que se hallaba encima de la casa que hoy se está convirtiendo en iglesia, ha sido cercada con una verja, y es el punto céntrico de un pequeño jardín.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS CEDROS DEL LIBANO.

Si el viejo rey Hiran volviese á este mundo, estrañamente sorprendido quedaria á la vista de lo que es hoy su rico reino. En vano buscarian sus ojos los inmensos bosques de pinos, de abetos y de cedros de los cuales habia sacado las bellas maderas que se emplearon en la construccion del templo

de Jerusalem. En vano aplicaria su atento oido para escuchar el ruido de las famosas fábricas de Tiro, de las cuales salian las magníficas telas de color de púrpura, escarlata y de jacinto, y cuya venta hacia ingresar tanto oro en su palacio. Por eso, se podia decir con verdad, que el rey Hiran era un gran hábil é inteligente especulador. No se contentaba con ceder por el dinero sus mercancías á su ilustre vecino Salomon, y no le prestaba de balde sus súbditos, leñadores, marineros, escultores, arquitectos y demás. Asi Adonhiran, ese artista de maravilloso genio, que era á la vez ingeniero, estatuero, cincelador, arquitecto, aparejador de paños, y que construía el palacio y el templo de Salomon, venia de Tiro, enviado por su rey. ¿Qué beneficios no debió sacar Hiran con un pródigo como el hijo de David que jamás regateaba? ¿Qué prodigiosas sumas no debió sacar del negocio de las minas de Ofir que el rey de Jerusalem tuvo un día deseos de explotar y para lo que tomó prestados los buques y los marineros de su amigo, el que entonces se convirtió en su socio!

Este rey mercader, fué en definitiva el antepasado y el perfecto modelo de aquellos ilustres cartagineses, que tan bien entendian el comercio, pero que no comprendieron lo bastante que las naciones no viven solo del oro que este les atrae, sino que para prosperar largo tiempo y con gloria han menester además de la grandeza de sentimientos y de ideas. Los romanos se lo hicieron conocer bien.

Tiro no existe, y de los bosques del Líbano únicamente restan algunos cedros agrupados al pié de eternas neveras y encima de la aldea de Den, delicioso sitio por la abundancia y frescura de sus aguas y de sus sombras.

Se sube á este antiguo bosque saliendo de la llanura de Trípoli al través de horribles rocas y de la naturaleza mas árida. No debia ser cosa fácil llevar por caminos semejantes al mar, enormes troncos de árboles, y se concibe la justa celebridad que se habian adquirido los cortadores de leña del rey Hiran. Apenas puede el pié de un caballo pasar á orillas de los precipicios que rodean el camino, y algunas veces es tan quebrado que el pobre animal junta sus cuatro patas unas con otras, y se deja escurrir como los muchachos sobre el hielo. Algunas veces tiene que snbir escalones de dos ó tres pies de altura y lanzarse por brinco sobre esta escalera incómoda y continua. Por último, despues de una penosa jornada se llega á los cedros. Desde lo mas lejos que se les divisa se cree uno engañado y se teme haber comprado un poco caro el placer de ver aquellos árboles tan famosos. El bosque parece una mata de yerba en medio de las altas cimas que la rodean. Pero esto es un efecto de óptica muy conocido de cuantos han viajado por las montañas. Muy otra es la impresion de que se siente uno penetrado, bajo aquellas bóvedas de negro follage, y cuando con la vista se miden desde su base á su cima los viejos colosos.

Hé aquí algunas notas escritas con lápiz por Mr. Bida el 24 de junio de 1861.

«Pasada la jornada de los cedros. Estoy allí solo. Aquellos grandes y venerables árboles inspiran en medio de aquella naturaleza salvaje, los mas graves, los mas altos pensamientos. Jamás me he sentido tan profundamente recogido, y en tan plena posesion de mí mismo. Vago largo tiempo entre aquellos antiguos testigos de los pasados siglos y de la gloria de Salomon. ¡Cuántas revoluciones han visto! ¡Cuántas tempestades! ¡cuántos estragos! ¡cuántos conquistadores! ¡cuán-



tos muertos! Ellos solos siguen siempre vivos, tranquilos y magestuosos. No puede figurarse en efecto, como unos árboles pueden tener aquel aspecto de serenidad y de grandeza que no se cree encontrar sino en seres humanos. Parece que hay algo de animado en aquellos ancianos de la montaña, y parece sagrado su contacto. Viageros hay sin embargo que no tienen vergüenza de escribir sobre los troncos de aquellos colosos sus insignificantes y desconocidos nombres. Pero cuando se han marchado une el gigante los dos lábios de su herida y encierra bajo su corteza aquellos ridículos signos de la vanidad humana. Aquellos árboles son en número de unos cuatrocientos cincuenta, y yo he medido uno que tenía nada menos de doce metros de circunferencia. Habrá como unos siete cedros que pueden considerarse como contemporáneos de los antiguos patriarcas.

»Aguardo con impaciencia la puesta del sol, que debe de ser un espectáculo magnífico. Vá á sumergirse enfrente de mí, en el mar de Tiro y enviar sus últimos rayos bajo aquellas sombrías ramas, y á iluminar las profundidades. Por último, declina el sol y se pone. Este espectáculo no se describe, quedará como uno de los mas bellos recuerdos de mi vida. Allí he pasado una hora embriagado de entusiasmo y de éxtasis religioso.»

En este sagrado bosque, vive un religioso maronita. En el buen tiempo reúne por la tarde bajo la sombra de los cedros, junto á su ermita, á los pastores que apacientan en las inmediaciones sus ganados y les explica el Evangelio y la doctrina cristiana.

Todos los años, dice Lamartine, en el mes de junio las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin, y los pueblos y aldeas vecinas, suben á los cedros y hacen celebrar una misa á sus pies. ¡Qué de plegarias no han resonado bajo aquellas ramas! ¡Y qué mas bello templo, qué altar mas vecino al cielo! ¡Qué dosel mas magestuoso y mas santo que el último rellano del Líbano! El tronco de los cedros y la cúpula de aquellas ramas sagradas que han dado sombra y darán todavía á tantas generaciones humanas, pronunciando el nombre de Dios de un modo diferente, pero reconociéndole por todas partes en sus obras y adorándole en manifestaciones naturales! ¡Y yo tambien oraba en presencia de aquellos árboles! El armonioso viento que resonaba en sus sonoras ramas hacia flotar mis cabellos y helaba en mi pupila lágrimas de dolor y de admiración!»

LA ORDEN DEL ELEFANTE EN DINAMARCA.

SU ORIGEN.—SU HISTORIA Y SUS INSIGNIAS.

La orden del Elefante, es como la de la Jarretiera y el Toison de oro, una de las mas antiguas órdenes nobiliarias de Europa. Las insignias de ella, que han sido muchas veces modificadas, consisten hoy en un elefante de esmalte blanco con colmillos de oro, con un caparazon sobre el lomo, sobre el que se levanta una torre. Sobre el cuello del elefante está sentado un negro con una flecha de oro en la mano.

Esta condecoracion se lleva ordinariamente pendiente de una cinta ancha de moaré azul oscuro, pero en los dias de gala y de ceremonia se lleva pendiente de un collar compuesto de elefantes pequeños de oro alternado con elefantes pequeños del mismo metal.

Se ha dicho que esta orden habia sido fundada en recuerdo de un noble danés que habia matado un elefante en Tierra Santa; pero es probable que su origen tenga un alcance mas general. Además de que ya en los tiempos mas remotos era considerado el elefante como un símbolo de las virtudes y de los méritos mas extraordinarios; el guerrero que llegaba á matar á uno de aquellos animales podia llevar su signo sobre sus armas y sobre sus armaduras, como recuerdo de la victoria conseguida. Recibia tambien hasta el sobrenombre de Elefante.

En el lenguaje geroglífico de los egipcios, la imagen del elefante significa un rey ó un príncipe.

Entre los indios solo el rey, á escepcion de otras personas, podia mantener un elefante, así como les estaba prohibido á todos menos á los rajás el hacerse llevar por elefantes, sobre todo si eran blancos; es decir, los mas raros y hermosos.

No es admirable, pues, que el mas poderoso de los animales haya sido elegido como el símbolo de una orden que en un principio no se daba sino al valor y á los mas señalados servicios.

Si pasamos á los tiempos modernos, á las cruzadas por ejemplo, vemos que formaban entonces para unirse todavía mas intimamente contra el enemigo comun, condecoraciones, asociaciones, cuyos miembros tomaban un símbolo particular, reproducido sobre las armas y los vestidos.

Así han nacido en los siglos XI, XII y XIII, muchas órdenes de caballería, entre ellas la Orden del Elefante. Se ha disertado mucho sobre quien fuera su fundador. Según unos fué creada por Canuto VI (á fines del siglo XII), al volver de una cruzada feliz contra los sarracenos, empero según otros, por Cristian I (en el siglo XV.) Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el gobierno toma como fecha oficial para el origen de esta orden el principio del siglo XV.

Como era sobre todo tambien una insignia religiosa y los caballeros se comprometían á defender la fé, cuando se renovaron sus reglamentos, tuvieron que ser confirmados por bulas del papa en 1462.

La orden tenia entonces cincuenta miembros con el título *Selskab*, bajo la proteccion de la Virgen, cuya imagen estaba unida al collar emblemático. Pero Cristian V, en 1693, modificó los estatutos en la forma que se observan hoy.

El número de los caballeros es solamente de treinta, no entrando en este número los príncipes y los aliados á la familia real, que son miembros natos de ella y que pueden recibir la orden á los veinte años de edad, mientras que los otros no lo pueden hacer hasta los treinta años de edad. Los caballeros indígenas ó del pais, deben ser luteranos y tener ya la condecoracion de Danebrog (2.ª clase) y sino tienen esta condecoracion la reciben ocho dias antes, pero deben dejarla inmediatamente porque ninguna otra orden puede llevarse con la del Elefante. Hoy hay infraccion y está relajada esta regla.

Además de los capítulos ordinarios, el primero de enero de 1808, es como considerado aniversario de la festividad de la orden. En otro tiempo era el tercer dia de la pascua de Pentecostés. La divisa de la orden es *pretium magnanimitatis*.

Cada nuevo caballero estaba obligado á enviar su escudo de armas al castillo de Fredeinburgo, donde estaba el archivo de la órden, y como todos estos caballeros eran reyes y príncipes que rivalizaban en lujo y magnificencia, aquel museo heráldico formaba una coleccion de una riqueza y de un brillo que no tenia semejanza en Europa.

Desgraciadamente un incendio ocurrido hace diez meses ha devorado este riquísimo archivo, del que sin embargo, pudieron salvarse algunos escudos, entre otros, el de Federico el Grande, el de Luis XIV, el de Napoleon I y el de Alejandro, emperador de Rusia.

En España solo tiene esta altísima condecoracion el esposo de Isabel II, el rey don Francisco de Asís.

¡Viejos de sentimientos infantiles! ¡Jóvenes que habeis entretenido primero vuestros deseos para engañaros despues! ¡Madres que concebisteis sin más voluptuosidad que la del cumplimiento de un deber! ¡Vírgenes que habeis guardado la llave de tesoros, cuya mina inagotable fué ignorada hasta para vosotras mismas! ¡Séres fuertes que dejásteis vuestros placeres condenados á una eterna incubacion! ¡Séres débiles que, llorando, borrasteis vuestros pecados! ¡Todos los inocentes que amasteis por amar! ¡Todos los crédulos que, más que concebido, habeis sentido las creencias!... ¡Ya estais enfrente del que atrae al espíritu desde arriba, como el sol al rocío! ¡Dichosos vosotros que podeis llegar sin enrojeceros á esta celeste entrevista!

«La realizacion de un sér es más ó ménos completa, segun el tiempo y la repercusion con que el espíritu se ha reflejado en la materia.»—De este principio se deduce la divinidad del dolor y la santidad de la vida. Cada paso de este calvario de la existencia es un grado más alto conquistado en la carrera de nuestra perfectibilidad. ¡Animo, madre mia, mis hermanos, mis amigos, esposa mia: al fin de este valle de lágrimas está la entrada del paraíso! cada dolor sufrido es un puesto conquistado: toda duda vencida es un mérito adquirido. Un paso más, y habremos puesto término al camino de la inmensidad. Al fin de ese camino se descubre el velo que cubre la inmortalidad. ¿No es verdad, amigos míos? Si no sintiésemos la inmortalidad, sería inútil que tratásemos de probárnosla; pero sintiéndola, como la sentimos, es inútil que nos la nieguen. Animo hasta llegar á la fuente de nuestra sed. A más obstáculos, más valor; la virtud es como la electricidad: se desarrolla con la repercusion. ¡Tal es el grande objeto de la vida: la redencion por el dolor!...

¡Qué diferencia de tiempos! Las almas anónimas de los que en el mundo murieron ignorados por la patria, de los que quemaron incienso á la virtud en el secreto del hogar doméstico, de los que escribieron sin vanidad *La imitacion de Cristo*, van á ser los Césares y los Alejandros de este último campo de la gloria; en tanto que los Alejandros y los Césares históricos no llevarán á aquella atmósfera más que sus fruiciones y sus remordimientos, sin que nadie, ni ellos mismos, se acuerden para nada de sus ridículos triunfos terrenales.

La esencia de toda religion es instintiva, universal, orgánica. La forma de todo culto es local, movable, convencional, postiza. Cuando el hombre es indocto, es *fetiquista*,

adora á Dios en un símbolo cualquiera; cuando es algo ilustrado, es *sabeista*, ve la Omnipotencia en los grandes fenómenos de la creacion; cuando el hombre es culto, es *psicólogo*, agranda á Dios hasta no poderle abarcar con el pensamiento.

Pensamientos de CAMPOAMOR.

EL PAPA-MOSCAS O MOSCARETA DEL PARAISO.

Levailland es el primero que nos ha dado una descripción exacta de este hermoso pájaro bajo el nombre de *tchetrecbé*. Antes de él, Brisson y Buffon solo le habian conocido muy imperfectamente.

El papa-moscas del Paraíso es casi del mismo tamaño de nuestros gorriones, pero su moño, y sobre todo su cola, le hacen parecer á primera vista mucho mas grande. El moño se compone de plumas largas caidas y que se estienden sobre su espalda, es, como la cabeza y el cuello, de un verde oscuro con reflejos de un azul acerado pulimentado. La cola es muy levantada, las dos plumas intermedias son muy largas, y en algunos cuatro ó cinco veces mas largas que todo el cuerpo.

Levantadas estas plumas cuando enderezan la cola verticalmente, caen formando la mas graciosa curva; solo los machos tienen estas dos hermosas plumas que los distinguen de la hembra, que parece mucho mas pequeña.

Salvo el moño, la cabeza y el cuello, cuyo color no varia nunca, el resto del cuerpo del papa-moscas se reviste sucesivamente de dos diferentes plumages. El uno es un encarnado vivo sobre la espalda, las alas y la cola, y un blanco gris, en el pecho, vientre y costados. El otro plumage es enteramente blanco.

El pájaro que representa el grabado de este artículo, tiene su plumage blanco, que es como dice Levailland, el mas bonito y distinguido que el otro. Lo que aumenta la belleza de este plumage y hace resaltar su brillante blancura, es que las grandes plumas de las alas y de la cola tienen sus costados y el borde de sus barbas interiores del mas hermoso negro. Estas líneas longitudinales producen el mas agradable efecto.

¿El papa-moscas del paraíso toma regularmente todos los años en una estacion dada este plumage blanco? ¿Lo toma únicamente cuando ha llegado á cierta edad, como sucede á otros tantos pájaros que cambian completamente de plumage? ¿Pasan del blanco al encarnado, ó del encarnado pasan al blanco?

Levailland no ha podido resolver estas preguntas. Lo que sí afirma es que jamás ha encontrado este pájaro en el cabo de Buena Esperanza. Tampoco cree, á pesar de las aserciones de muchos autores, que se encuentre en el Madagascar ni en el Senegal. En la isla de Ceilan es donde se crían y forman parte de todas las colecciones que los viajeros han traído de aquella isla.

Basta examinar el pico del papa-moscas del paraíso para adivinar su clase de alimento y por consiguiente sus costumbres. Su pico fuerte, chato y ensanchado en su base, lo destina evidentemente á vivir de presa. Los bordes de las dos mandíbulas están armados de pelos largos y tiesos que le sirven de un gran socorro para cazar las moscas.

Cuando el pájaro abre su pico, aquellos pelos que se

prolongan oblicuamente hacia adelante, forman entonces una red que cierra por cada lado la abertura de la boca. Metida una vez la mosca en aquel vasto embudo no puede escaparse y es tragada.

Si logra evitar la garganta de su enemigo y escaparse por uno de los lados, se enreda en los pelos que lo cierran, y se la oye agitarse como cuando se prende en una tela de

araña. El pájaro vuelve á abrir su pico, sacude la cabeza al lado en que ha caído la mosca y se la traga.

El natural de los tchetrebés es salvaje, como el de los demás papa-moscas, se fijan en un canton, de los que escluyen, en cuanto pueden, á todos los demás pájaros que viven de insectos.

Pendencieros y vengativos arrojan aun á los de su mis-



Papa-moscas ó moscareta del paraíso.

ma especie del terreno que se han apropiado. Se retiran á los troncos de los árboles aislados, y se colocan en las ramas mas descubiertas de ellos, para acechar los insectos que pasan á su alcance.

Como todos los pájaros carnívoros, tienen la actitud de-

recha, casi perpendicular, permanecen largo tiempo inmóviles en el mismo sitio aguardando con la mayor paciencia su presa y lanzando de tiempo en tiempo algunos chillidos agudos y como gemidos.